



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Concesión de la medalla de la
Universitat de València a Juan José
Barcia Goyanes

Discurso de aceptación

Valencia, 15 de septiembre de 1997

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DR. JUAN JOSÉ BARCIA GOYANES

Excmo.y Magnífico Sr.Rector:
Excmos. e Ilmos.Señores:
Profesores y Alumnos:
Señoras y Señores:

Permitidme que mis primeras palabras sean para contestar a las que acaba de pronunciar en mi laudatio el Profesor Martinez Soriano, mi sucesor en la cátedra en que profesaron Pedro Juan Esteve, los discípulos de Andres Vesalio Pedro Jimeno y Luis Collado, y el maestro de todos los morfólogos y neurólogos Santiago Ramon y Cajal y en la que por ello, los que en ella hemos enseñado lo hemos hecho sintiendo el grave peso de la historia; la Cátedra que Martinez Soriano ha sabido honrar con su ciencia y su carisma docente.

Yo bien sé que la costumbre tradicional me obligaría a rechazar sus palabras por lo que han tenido de inmerecida exaltación de mis eventuales merecimientos. Pero no voy a hacerlo. Prefiero dejar esa misión, que habrá de serles grata, a aquellos que nunca faltan en cualquier corporación y que se complacen en rebajar los méritos ajenos pensando que así exaltan los propios. Me limitaré, pues, a agradecerlas muy de veras. Y muy en especial las que ha dedicado al recuerdo de mi difunta esposa. Aquí están las de Profesores y Médicos y ellas saben de privaciones y sacrificios; de entretenimientos no compartidos y de obligadas ausencias. Quiera Dios compensarlas algún día con la asistencia al público reconocimiento de los merecimientos de sus compañeros, sintiendo en su interior la alegría de saber la parte tan grande que les corresponde en tales logros. Esa satisfacción que en mi caso le ha sido negada a la mía, sin duda para darle a cambio retribución más alta.

Y a continuación he de agradecer a los miembros del Departamento de Ciencias Morfológicas su iniciativa de solicitar de la Junta de Gobierno de la Universidad la concesión para mi de su Medalla, a los miembros de ésta al haber accedido a tal solicitud, y al Magnífico Sr.Rector por su definitiva aprobación.

Deseo también saludar a los morfólogos aquí reunidos con ocasión del XVII Congreso de la Sociedad Anatómica Española que han querido acompañarme en esta solemne circunstancia. Al hacerlo viene a mi recuedo la reunión de las tres Sociedades Anatómicas, la Portuguesa, la Española y la Ibero-americana que yo tuve el honor de presidir en Octubre de 1962 y en cuya ocasión tan gratas relaciones pude iniciar con colegas nacionales y extranjeros, de tantos de los cuales hemos de lamentar la definitiva ausencia. Y de entre todos quiero recordar aquel Profesor de Anatomía de Helsinki, Marti Mustakallio, que tan popular se hizo por su carácter abierto y su contagiosa alegría. Dios les haya concedido la plena visión de la verdad.

Y ahora quisiera, en unas breves palabras, aducir lo que pienso pueda hacer menos injusta esa decisión, no porqué la necesiten los que la han tomado, sino para mi propio descargo al aceptarla.

Decía, con ocasión de haberme correspondido el llevar la voz de la Universidad con el discurso de apertura del curso 1962-63, y aludiendo a mi primer contacto con la Institución. "Fue en Santiago de Compostela, mi ciudad natal, en la apertura del curso 1912-1913. Acababa yo de ingresar en el Instituto de Segunda Enseñanza y mi familia que, al parecer, me creía por ello capaz de interesarme en superiores aventuras del intelecto, me llevó a oír el discurso de apertura que había correspondido aquel año a mi abuelo el Catedrático de Anatomía Juan Barcia Caballero. Así trabé conocimiento al tiempo que con la Universidad, con la ciencia de que aquel había de ser mi primer Maestro y a la que yo había de dedicar toda la extensión ya que no toda la profundidad, hartamente menguada, de mi vida de estudioso y de docente.

Si aquella entrada en los claustros del Alma Mater tuvo el valor simbólico de la inmersión de los Dogos en el Adriático, celebro en estos mismos días las Bodas de Oro de mi entrada en la Universidad."

Al recordar estas palabras pienso que, por rara coincidencia, también celebro este año otras bodas con la Institución. En este caso las de diamante con mi labor docente, iniciada hace 75 años primero como Ayudante de Clases Prácticas de Anatomía, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Santiago, y más adelante como Auxiliar Temporal en ella, como Catedrático en Salamanca a continuación y, finalmente en esta de Valencia. Y veo otra vez aquel día en que, en mayo de 1929 llegué aquí recibiendo la acogida cordial de sus habitantes que con ausencia de cualquier sombra de xenofobia habían de borrar la morriña que se adueña de todos los nacidos en mi tierra cuando de ella nos ausentamos. Y que un día habían de colmar su generosidad al otorgarme el nombramiento de hijo adoptivo. Bien es cierto que yo he correspondido con mis mejores sentimientos quasi filiales, y contribuido de alguna manera al aumento del censo de sus habitantes con 27 nuevos valencianos entre hijos, nietos y biznietos y alargando la vida de muchos más en el ejercicio de la neurocirugía. Y a ello he unido, mi labor en esta Universidad, a lo largo de 58 años, ya que a los 32 de mi docencia oficial puedo añadir los 26 transcurridos desde mi Jubilación. En ausencia de normas administrativas, no ha faltado nunca mi actividad en tareas docentes, ni mi vinculación afectiva e ilusionada ni mi espíritu de servicio.

Pero apenas escritas estas palabras con las que pretendía aducir algún merecimiento frente a la Universidad, me doy cuenta de que no hago otra cosa que recordar mi deuda con ella. Ciertamente a la Universidad debo, no solamente el aumento de mis conocimientos en las disciplinas que he cultivado, sino también el ambiente y el estímulo para buscarlo; los juveniles colaboradores que nunca me han faltado y que me han transmitido día a día una parte de sus ilusiones; la ayuda de muchos de mis colegas, en especial de los del Departamento de Historia de la Ciencia; y por último pero no detrás en mi consideración, la edición a expensas de la Institución de algunas de mis obras.

Ahora, en fin y en un definitivo rasgo de su generosidad me otorga esta distinción que ha de proyectar sobre mí un poco de su prestigio en el tiempo que el Señor, que tan largo ha sido en su generosidad conmigo, quiera prolongar todavía mi vida. Esta medalla que me permitiréis ofrenda a los miembros de las ocho generaciones de mi familia que, a lo largo de más de dos siglos, han sido constantes en su culto de la Medicina y su amor a la Universidad. Muchas gracias.